CAPÍTULO VII

Recíproco descalabro de romanos y cartagineses. – Orden y disposición de sus armadas. – Batalla de Écnomo. – Victoria obtenida por los romanos.

El año siguiente (año -257), C. Atilio, cónsul romano, habiendo arribado a Tindáride, y observando que la escuadra cartaginesa navegaba sin orden, previene a sus dotaciones que le sigan, y él parte con anticipación acompañado de diez navíos. Los cartagineses, que vieron a los enemigos, unos embarcar en sus buques, otros estar ya fuera del puerto, y entre aquéllos y éstos mediar una gran distancia, se vuelven, les hacen frente y cercándoles echan a pique todos los otros, menos el

del cónsul, que por poco no fue apresado con toda la gente; pero la buena marine-
ría de que estaba tripulado y la agilidad de movimientos le salvaron afortunada-
mente del peligro. Los restantes navíos romanos, que venían poco a poco, se re-
únen, y colocándose de frente, acometen a los enemigos, se apoderan de diez
buques con sus tripulaciones, hunden a ocho y el resto se retira a las islas de Lí-
pari. Como de esta acción unos y otros juzgasen que habían salido con iguales
pérdidas, todo su empeño fue aumentar las fuerzas navales y disputarse el domi-
nio del mar. Durante este tiempo, los ejércitos de tierra no hicieron cosa alguna
digna de mención, únicamente se ocuparon en expediciones leves y de corta du-
ración. Pero las armadas navales, aprestadas como queda dicho, se hicieron a la
vela en la primavera siguiente. Los romanos arribaron a Mesina con trescientos
treinta navíos largos y con puente, de donde salieron, y dejando Sicilia a la dere-
cha, doblado el cabo Paquino, pasaron frente a Écnomo, por estar acampado en
aquellas cercanías el ejército de tierra. Los cartagineses salieron al mar con tres-
cientos cincuenta navíos con puente, tocaron primero en Lilibeo y de allí anclaron
en Heraclea de Minos.

La finalidad de los romanos era marchar al África situando allí el teatro de la
guerra, para que de este modo los cartagineses no cuidasen defender Sicilia sino
su propia patria y personas. Los cartagineses pensaban al contrario: considera-
ban que el África era de fácil arribo; que una vez en ella los romanos, toda la gente
de los campos se les rendiría sin resistencia; y así, lejos de consentirlo, procura-
ban aventurar el trance de una batalla naval. Dispuestos de este modo, unos a ha-
cer una irrupción y otros a rechazarla, bien se dejaba conocer de la obstinación de
uno y otro pueblo que amenazaba un próximo combate. Los romanos hacían los
preparativos para ambos casos, bien se hubiese de pelear por mar, bien se hu-
biese de hacer un desembarco por tierra. Por lo cual, escogida de sus ejércitos la
flor de las tropas, dividieron toda la armada que habían de llevar en cuatro partes.
Cada una de ellas tuvo dos denominaciones. La primera se llamó la *primera legión*
y la *primera escuadra*, y así de las demás. La cuarta no tuvo nombre; se la llamó
Triarios, como se la acostumbraba llamar en los ejércitos de tierra. El total de esta
armada era de ciento cuarenta mil hombres; de suerte que cada navío llevaba
trescientos remeros y ciento veinte soldados de armas. Los cartagineses, por su
parte, se preparaban con sumo estudio y cuidado para un combate naval. El total
de su ejército, según el número de buques, ascendía a más de ciento cincuenta
mil hombres. A la vista de esto, ¿quién, al considerar tan prodigiosa multitud de
hombres y navíos, podrá, no digo mirar, pero ni aun oír sin asombro la importan-
cia del peligro, y la grandeza y poder de las dos repúblicas?

Los romanos, reflexionando que a ellos les convenía bogar en alta mar, y que
los enemigos les superaban en la ligereza de sus buques, procuraron formar un or-
den de batalla resguardado por todas partes y difícil de desbaratar por los contra-
rios. Para esto, los dos navíos de seis órdenes, que mandaban los cónsules M. Atilio
Régulo y L. Manlio (año -256), fueron puestos paralelamente los primeros al
frente. Detrás de cada uno de ellos dispusieron uno por uno los navíos en orden
sucesivo. Al uno seguía la primera escuadra y al otro la segunda; pero siempre ha-
ciendo mayor el intervalo, a medida que cada buque de cada división se iba si-
tuando; de manera que sucediéndose los unos a los otros, todos miraban con las

proas hacia fuera. Ordenadas de este modo la primera y segunda escuadra en forma de ángulo, pusieron detrás la tercera de frente en línea recta, con cuya situación todo el orden de batalla figuraba un triángulo perfecto. A éstas seguían las embarcaciones de carga, arrastradas a remolque por los navíos de la tercera escuadra. A espaldas de ésta colocaron la cuarta, llamada de los triarios, de tal forma prolongada sobre una línea recta, que superase uno y otro costado de los que tenía delante. Dispuestas de este modo todas las divisiones, el total de la formación representaba un triángulo cuya parte superior estaba hueca y la base sólida; pero el todo, fuerte, propio para la acción y difícil de romper.

Durante este tiempo, los jefes cartagineses, arengando brevemente a sus tropas, y haciéndolas ver que ganada la batalla naval únicamente tendrían que defender Sicilia, pero que si eran derrotados aventuraban su propia patria y familias, dan la orden de embarcar. Los soldados ejecutaron rápidamente el mandato, por pronosticar del éxito según lo que acababan de oír, y con gran ánimo y resolución se hicieron a la mar. Pero advirtiendo sus jefes la formación de los contrarios, y adaptándose a ella, situaron las tres divisiones de su armada sobre una línea, prolongando el ala derecha hacia el mar en situación de rodear a los enemigos, vueltas contra ellos las proas de todos sus navíos. La cuarta división, de que se componía el ala izquierda de toda su formación, estaba ordenada en forma de tenaza, dirigida hacia la tierra. El ala derecha, compuesta de los navíos y quinque-remes más propios por su ligereza para desconcertar las alas de los contrarios, la mandaba Hannón, aquel que había sido derrotado en el sitio de Agrigento. La izquierda estaba a las órdenes de Amílcar, aquel que se batió en el mar junto a Tindáride, y el que en esta ocasión, haciendo que cargase el peso de la batalla en el centro de la formación, usó de esta estratagema durante el combate.

Apenas obsevaron los romanos que los cartagineses se desplegaban sobre una simple línea, atacaron el centro, y por aquí se dio principio a la acción. Amílcar, entonces, para romper la formación de los romanos, mandó al instante a su centro echase a huir. En efecto, retiróse éste con rapidez, y los romanos iban con valor en su persecución. La primera y segunda escuadras acosaban a los que huían; mientras que la tercera, que remolcaba las embarcaciones de carga, y la cuarta, donde estaban los triarios destinados a su defensa, quedaban desunidas. Cuando consideraron los cartagineses que la primera y segunda estaban a una gran distancia de las otras, entonces puesta una señal sobre el navío de Amílcar, rápidamente se vuelve toda la armada y ataca a los que la perseguían. Grande fue la refriega que originó de una y otra parte. Los cartagineses llevaban mucha ventaja en la veloz maniobra de sus buques y en la facilidad de acercarse y retirarse con ligereza; pero el valor de los romanos en los ataques, al aferrar los *cuervos* a los que una vez se acercaban, la presencia de los dos cónsules que combatían a su frente, y a cuya vista se superaba el soldado, no les inspiraba menos confianza que a los cartagineses. Tal era la situación del combate por esta parte.

Durante este tiempo, Hannón, a cuyo mando estaba el ala derecha que desde el principio de la acción había permanecido separada, tomando altura dio sobre los navíos de los triarios y los puso en grande aprieto y apuro. Los cartagineses que se encontraban situados cerca de tierra se ordenan de frente en vez de la formación que antes tenían, y, vueltas las proas, acometen a los que remolcaban los barcos

de carga. Éstos, abandonadas las cuerdas, vienen a las manos y se baten con sus contrarios. De suerte que el total de la acción estaba dividido en tres partes, y otros tantos eran los combates navales, mediando mucha distancia entre unos y otros; y como las divisiones de una y otra armada eran iguales, según la separación que habían hecho al principio, ocurría que lo era también el peligro; pues en cada una de ellas se realizaba justamente lo que de ordinario sucede, cuando es en un todo igual el poder de los combatientes. Pero al fin vencieron los primeros, porque obligados los de Amílcar echaron a huir, y Manlio unió a los suyos los navíos que había capturado. Régulo, luego que se percató del peligro en que se hallaban los triarios y las embarcaciones de carga, marcha prontamente en su socorro con los navíos de la segunda escuadra que le habían quedado indemnes. Con su venida y ataque que hace a los de Hannón, los triarios, que estaban ya para ceder malamente, se rehacen y vuelven a adquirir espíritu para la carga. Los cartagineses entonces hostigados, ya por los que les atacaban de frente, ya por los que les acometían por la espalda, y rodeados por el nuevo socorro cuando menos lo pensaban, cedieron y lanzáronse a huir a alta mar.

Durante este tiempo, vuelto ya Manlio de su primer combate, advierte que el ala izquierda de los cartagineses tenía acorralada la tercera escuadra sobre la costa: llega también Régulo a la sazón, después de haber dejado a salvo el convoy y los triarios, y emprenden uno y otro el socorrer a los que peligraban. Estaban ya éstos prácticamente sitiados, y sin duda hubieran perecido. Pero el temor de los cartagineses a los *cuervos* se contentaba con tenerlos bloqueados y cercados contra la costa, y el miedo de ser aferrados no les dejaba acercar para atacarlos. Llegados que fueron los cónsules, cercan rápidamente a los cartagineses, se apoderan de cincuenta navíos con sus equipajes, y sólo unos pocos se escapan virando hacia tierra. Ésta es la relación de la batalla, contada por partes. La ventaja de toda ella quedó por los romanos. De éstos fueron hundidos veinticuatro navíos; de los cartagineses, más de treinta; de los romanos, ningún navío con tripulación fue a poder de los contrarios; de los cartagineses, sesenta y cuatro.